

valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas y otras grandes y diferentes^a hazañas, son, fueron y serán obras de la fama que los mortales desean como premios^b y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que, los cristianos católicos y andantes caballeros, más habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que á la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo^c mundo, que tiene su fin señalado. Así, ¡oh Sancho!, que nuestras^d obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes á la soberbia; á la^e envidia^f en la generosidad y buen pecho; á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo; á la gula y al sueño en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos^g; á la lujuria^h y lasciviaⁱ

a. ...y admirables hazañas. ARG.₂ = b. ...premio y. CL., RIV., ARG._{1,2}, BENJ., FK. = c. ...mismo. V.₃, BAR., TON., BOW. — ...mismo. A.₂, ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK. = d. ...así que, ¡oh Sancho!

nuestras. ARG.₂ = e. ...la avaricia y envidia. ARG._{1,2}, BENJ. = f. ...envidia. C.₄, V.₃, BR._{4,5}, BAR. = g. ...valemos. BR.₄ = h. ...á la injuria. C.₄, V.₃, BR.₄, BAR., BOW., A.₁, MAI. = i. ...y lascivia. BAR.

mismo César para dar aliento á sus tropas y decidirlas á arrojarlas á la empresa á que queria llevarlas: de consiguiente, este *agüero fingido*, no podia influir nada en el ánimo del General, y nos es forzoso no contar con él, que es el *único favorable* y en el que se apoyan los censores. — Y es este el que traen Suetonio y Plutarco. — ¿Cuáles fueron los demás *agüeros*? — *Agüero*, en la acepción principal, es, segun la Academia, «*presagio ó señal futura, AUGURIUM.*» Este nombre se da á las *inquietudes, preocupaciones, sueños, etc.*, etc. que agitan el ánimo con alguna *señal ó emoción* referida á lo que se teme ó espera. En este estado se veía César: luchaba en su interior, dudaba, se detenía ante la resolución que debía tomar, porque una voz interior lo martirizaba; juzgaba los inmensos peligros que le rodeaban y los que traeria su determinación; los pesaba y vagaba en medio de mil ideas espantosas; pensaba en el juicio de la posteridad y en el de sus compatriotas: sus amigos dudaban, nada respondían á sus preguntas; Asinio Polion inclinaba la cabeza, indeciso, abrumado de contrariedades. — ¿No son todos estos hechos, *pronósticos, presagios, agüeros*? — ¿Y no lo es, tremendo, espantoso, el sueño de la pasada noche, en que padeció horriblemente, y que en el día lo vió como una imagen referida á Roma, representándolo la vision en comercio incestuoso con su madre? — ¿No eran *presagios, agüeros*, los reclamos de la razón, contra los cuales pronunció las célebres palabras, «*la suerte está echada*», segun se lee en Plutarco?» (*Cervantes y la crítica*, pág. 395 y siguientes.)

15. ...á la lujuria y lascivia. — «Todas las ediciones anteriores leían *injuria* y *lascivia*: Pellicer corrigió con mucho acierto *lujuria* por *injuria*, y lo siguió la Academia.» (CLEMENCÍN, t. IV, pág. 146.)

en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; á la pereza con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan^a hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas^b que consigo trae la buena fama.

— Todo lo que vuesa^c merced hasta aquí me ha dicho, — dijo Sancho, — lo he entendido muy bien; pero, con todo eso, querria^d que vuesa^e merced me sorbiese una duda que agora^f en este punto me ha venido á la memoria.

— Asolviese^g quieres decir, Sancho, — dijo D. Quijote. — Di en buen hora, que yo responderé lo que supiere.

— Dígame, señor, — respondió Sancho: — esos Julios ó Agostos, y todos esos caballeros hazañosos que ha dicho que ya son muertos, ¿dónde están agora?^h

— Los gentiles, — respondió D. Quijote, — sin duda están en el infierno; los cristianos, si fueron buenos cristianos, ó están en el purgatorio ó en el cielo.

— Está bien, — dijo Sancho; — pero sepamos ahora: esas sepulturas, donde están los cuerpos desos señorazos, ¿tienen delante de sí lámparas de plata, ó están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas y de ojos de cera? Y, si desto no, ¿de qué están adornadas?»

a. ...pueden. GASP. = b. ...alabanza. CL., RIV., FK. = c. ...vuestra. TON., BOW. — ...vuestra. MAI. = d. ...queria. BR.₃ = e. ...vuestra. BOW. — ...vuestra.

MAI. = f. ...ahora. A.₂, ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK. = g. Absolviese. PELL., MAI., BENJ. = h. ...ahora? A.₂, ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK.

Si este comentador, celoso en averiguar lo más recóndito de los libros caballerescos, hubiese tenido igual curiosidad en lo que toca á la fijación del texto y en el juicio que merecen los que en ello mostraron singularísimo empeño, no andaria tan despistado, ni habria dicho, con su habitual desenfado, que Pellicer corrigió con mucho acierto *lujuria*. Acertada fué la corrección; pero el yerro de imprenta (que por tal le tienen hoy todos) no fué el sesudo bibliotecario quien lo salvó, pues años antes lo habian enmendado otros editores, como puede verse por las fechas:

BRUSELAS (1662) ...á la «*lujuria*» y «*lascivia*»... (pág. 66, l. 1.)

TONSON (1738) ...á la «*lujuria*» y «*lascivia*»... (pág. 69, l. 5.)

PELLICER (1799) ...á la «*lujuria*» y «*lascivia*»... (pág. 111, l. 3.)

20. ...¿tienen delante de sí lámparas de plata, ó están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas y de ojos de cera? — Anteriormente habia dicho: «...en cuyo santo templo no vió paredes ni murallas, porque todas estaban cubiertas de muletas, de mortajas, de ca-

Á lo que respondió D. Quijote: «— Los sepulcros de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos: las cenizas del cuerpo de Julio ^a César se pusieron sobre una pirámide de piedra, de desmesurada grandeza, á quien hoy llaman en Roma la Aguja de San

a. ...de César. ARG.,^{1,2}, BENJ.

denas, de grillos, de esposas, de cabelleras, de medios bultos de cera, y de pinturas y de retablos.» (*El Licenciado Vidriera.*)

4. ...á quien hoy llaman en Roma la Aguja de San Pedro. — Así llaman hoy al obelisco que en medio de la plaza de San Pedro, en Roma, se levanta á la altura de 40 metros, teniendo por remate, como quien desafía á las nubes, la cruz del Redentor. De los doce obeliscos que coronan la Ciudad eterna, éste es el segundo en magnitud y grandiosidad, y el único que ha permanecido en pie desde los días de Caligula. Su base la componían cuatro enormes dados de bronce, y el cuerpo un gigantesco monolito de piedra de granito, que al principio de nuestra Era fué conducido por el Tiber en una barca de 300 remeros, cuya eslora y cuyas leyes de navegación serán perpetuo enigma, ya que en aquel tiempo no se conocían grandes buques para transportar un peso de mil quinientos quintales.

Al finalizar el siglo XVI, con ocasión de las obras de la Basílica, fué preciso arrancar la monumental aguja de su primitivo lugar y conducirla á más de 200 metros de distancia para que quedase en el centro de la plaza de San Pedro, que es donde se encuentra hoy. Dirigió la traslación, por orden de Sixto V, el arquitecto Domingo Fontana. La erección del obelisco en Septiembre de 1586, fué en Roma un grande acontecimiento: las máquinas que se habían preparado, los andamios, los 140 caballos motores de la fuerza, los 800 hombres empleados en la maniobra, daban á aquel acto la grandiosidad que por sí solo tenía, ayudando á realzarlo la austera figura de Sixto V, seguido de su corte pontificia, de la nobleza y autoridades romanas. En suma, puede decirse que todo Roma estaba en aquel solemne acto. Que la operación fuese atrevida, y que el mismo Papa estaba más interesado que el arquitecto, lo muestra claramente aquella orden severísima por la que se mandó levantar en la gran plaza un patíbulo á fin de ahorcar allí mismo al que profiriese el menor grito. Á una señal de Fontana, todo se puso en movimiento: giraron las ruedas de las poleas, las cuerdas tomaron su mayor tensión, estremeciéndose al principio el gigantesco monolito, y, á poco de haberse incorporado, por decirlo así, un ruido siniestro, precursor de tremenda catástrofe, llenó de espanto á todos los circunstantes; mas, cuando el crujir de las maromas parecía indicar que iban á ceder al enorme peso, á despecho y pesar de la pena de muerte impuesta á quien gritase, se dejó oír, en medio de tan solemne silencio, la voz de un barquero del Tiber, que gritó, con todos sus pulmones: *Acqua alle corde!* Esta voz decidió á Fontana á seguir el consejo; y, mandando mojar las cuerdas, vióse al punto que la colosal mole se iba levantando majestuosamente, y, describiendo un cuarto de círculo, se asentó en el ancho pedestal en que todavía descansa.

Durante la Edad Media, debido acaso á la inscripción que empezaba *Dico Caesari*, fué creencia general que la bola de bronce en que la aguja terminaba contenía las cenizas de Julio César. No ha de maravillar que Cervantes parti-

Pedro; al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, á quien llamaron *Moles Adriani*^a, que agora^b es el castillo de Santángel^c en Roma; la reina Artemisa sepultó á su marido Mausoleo^d en un sepulcro que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo. Pero ninguna destas sepulturas, ni otras muchas que tuvieron los gentiles, se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estaban sepultados.

— Á eso voy, — replicó Sancho. — Y dígame^e agora^f: ¿cuál es más: resucitar á un muerto, ó matar á un gigante?

a. ...Moles Hadriana. FK. — b. ...que ahora es. A., ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK. — c. ...castillo de Sant Angelo en Roma. TON. — d. ...marido Mausoleo en. ARG.,^{1,2}, BENJ. — e. ...digama. C., BR., — f. ...ahora. A., ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK.

cipase también de la misma opinión, tanto más cuanto que Petrarca lo había creído de igual modo.

1. ...al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, á quien llamaron «Moles Adriani», que agora es el castillo de Santángel. — No ha de tenerse por exagerada la comparación que hace D. Quijote al decir á Sancho que el castillo era tan grande como una buena aldea, ya que se componía de una gran mole redonda de 188 pies de diámetro.

Entre los más famosos mausoleos que contaba Roma en tiempo de Adriano, descollaba en primer lugar el del emperador Augusto, que él mismo hizo construir para sí y para los suyos; y, en segundo término, la soberbia columna gigantesca que se había erigido para guardar las cenizas de Trajano y perpetuar así su memoria. Adriano, que á la soberbia de emperador unía la ambición de artista, pues era uno de los arquitectos más reputados de su época, mandó construir, bajo su misma dirección, frente al mausoleo de Augusto, otro para él y su familia que rivalizara en magnificencia y grandeza con los de dichos emperadores romanos; y, para que su obra fuera una entre las maravillas más hermosas de la Roma imperial, revistió sus paredes de mármol pario, la coronó de estatuas de gran mérito y la adornó de preciosas urnas de oro, pórfido y alabastro, en las cuales se guardaron las cenizas de los emperadores, desde el mismo autor hasta Pétinax, Septimio, Severo y sus familias.

Atendiendo á la situación topográfica y á las condiciones arquitectónicas de este mausoleo, en el siglo VI lo convirtieron en fortaleza, sirviendo desde entonces de defensa contra los ataques de los godos y de los soldados de Belisario al presentarse ante Roma.

Según la tradición, diósele el nombre de «castillo de Sant Angelo» por la milagrosa aparición del Arcángel en tiempo de San Gregorio el Magno. En la Edad Media fué testigo de las ambiciones de Teodora y de Marocia, más tarde de Crescencio, y, después, de los perturbadores del dominio de los papas hasta el siglo XVI, en que sirvió de refugio á Clemente VII, quien vió caer ante sus murallas, mortalmente herido, al Condestable de Borbón.

Donde hace diez y siete siglos descollaba la estatua colosal del emperador Adriano, figura hoy la del Arcángel San Miguel.

— La respuesta está en la mano, — respondió D. Quijote: — más es resucitar á un muerto.

— Cogido le tengo, — dijo Sancho. — Luego la fama del que resucita muertos, da vista á los ciegos, endereza los cojos y da salud á los enfermos, y delante de sus sepulturas^a arden lámparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será, para este y para el otro siglo, que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo.

10 — También confieso esa verdad, — respondió D. Quijote.

— Pues esta fama, estas gracias, estas prerrogativas^b, como llaman á esto, — respondió^c Sancho, — tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que, con aprobación y licencia de nuestra santa madre Iglesia, tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, 15 cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devoción y engrandecen su cristiana fama. Los cuerpos de los santos, ó sus reliquias, llevan los reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus más preciados altares.

20 — ¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? — dijo D. Quijote.

— Quiero decir, — dijo Sancho, — que nos demos á ser santos, y alcanzaremos más brevemente la buena fama que pretendemos. Y advierta, señor, que ayer ó antes de ayer (que según há poco se puede decir desta manera) canonizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro, con que ceñían y atormentaban sus cuerpos, se tiene ahora á gran ventura el besarlas y tocarlas, y están en más veneración que está, según dije^d, la espada de Roldán en la^e armería del rey, nuestro señor, que Dios guarde. 25 Así que, señor mío, más vale ser humilde frailecito, de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero; más alcanzan con

a. ...de su sepultura arden. ARG.^{1,2}, BENJ. = *b.* ...prerrogativas, ó como. TON. — ...perrogativas. ARG.¹, BENJ. — ...pe-
rrrogativas. ARG.². — *c.* ...esto, replicó Sancho. ARG.². = *d.* ...segun dicen. ARG.^{1,2}, BENJ. = *e.* ...en el armería. TON.

30. Así que, señor mío, más vale ser humilde frailecito, de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero. — Aquí la ficción y la realidad se dan la mano, ya que, si no en los términos por lo que mira al fondo, en la Edad Media todos hablaban como se expresa Sancho. Oigamos lo que dijo Juan II en los últimos momentos de su vida: *Más vale ser fraile del Abrojo que Rey de Castilla*; y, por modo análogo (tal era el ambiente de entonces), siguieron ex-

Dios dos docenas de diciplinas^a que dos mil lanzadas, ora las den á gigantes, ora á vestiglos ó á endriagos^b.

— Todo eso es así, — respondió D. Quijote; — pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios á los suyos al cielo: religión es la caballería, caballeros santos hay en 5 la gloria.

— Sí, — respondió Sancho; — pero yo he oído decir que hay más frailes en el cielo que caballeros andantes.

a. ...disciplinas. TON. — ...disciplinas. | *á endrigos.* C.⁴, V.³, BR.⁴, BAR. — ...ó
PELL., ARG.¹, MAI., BENJ., FK. = *b.* ...ó | *Endrigos.* BR.³. — ...ó *Endriagos.* TON.

presándose nuestros mayores del siglo de oro. No sorprende, pues, que, con todo y ser delirantes las ideas caballerescas de D. Quijote, venga en resolución á respirar el perfume religioso de su tiempo.

El problema planteado en las palabras que se comentan; el problema de si la superioridad y preeminencia ha de otorgarse á los caballeros andantes ó á quienes se consagran á la vida religiosa; es problema que preocupa por igual al amo y al escudero, y les preocupa constantemente, pues ya en el cap. 13 de la primera parte (t. I, pág. 269, l. 5) se dijo:

«Quiero decir que los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas; no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano, y de los erizados hielos del invierno. Así, que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las á ella tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando excesivamente, siguese que aquellos que la profesan tienen, sin duda, mayor trabajo que aquellos que, en sosegada paz y reposo, están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso: sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que sin duda es más trabajoso y más aporreado y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso; porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida.»

Y, si disonare el juntar en uno diversos pasajes del texto, párese la atención en que el mismo autor convida á ello, pues diriase que, con insistir en una misma idea, quiso poner de industria y como de resalto su pensamiento hasta cuando se interna, por así decirlo, en achaque de perfección religiosa: «...más alcanzan con Dios, — dice, — dos docenas de diciplinas que dos mil lanzadas, ora las den á gigantes, ora á vestiglos ó á endriagos.»

Pregúntale Sancho, á su señor, si es más resucitar á un muerto ó matar á un gigante.

«— La respuesta está en la mano, — respondió D. Quijote: — más es resucitar á un muerto.

— Cogido le tengo, — dijo Sancho. — Luego la fama del que resucita muertos... mejor fama será, para este y para el otro siglo, que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo.»

— Eso es, — respondió D. Quijote, — porque es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros.

— Muchos son los andantes, — dijo Sancho.

— Muchos, — respondió D. Quijote; — pero pocos los que merecen nombre de caballeros. »

En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el día siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó á D. Quijote. En fin, otro ^a día al ^b anochecer, descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le ^c alegraron los espíritus á D. Quijote y se le entristecieron á Sancho, porque no sabía la casa de Dulcinea, ni en su vida la había visto, como ^d no la había visto su señor; de modo que, el uno por verla y el otro por no haberla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué había de hacer cuando ^e su dueño le enviase al Toboso. Finalmente, ordenó D. Quijote entrar en la ciudad entrada la noche; y, en tanto que la hora se llegaba, se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y, llegado el determinado punto, entraron en la ciudad, donde ^f les sucedió cosas que á cosas llegan ^g.

a. ...en fin, el propio día. ARG.₁, BENJ.
— ...en fin, al. ARG.₂. = b. ...día la anochecer. C.₄, BR.₄. = c. ...se alegraron. V.₃, BAR. = d. ...como casi no la. ARG._{1,2}, BENJ. = e. ...cuando con su

dueño entrase en el Toboso. ARG.₁, BENJ.
— ...hacer, como su señor no le enviase primero al Toboso. ARG.₂. = f. ...donde no les. ARG._{1,2}, BENJ. = g. ...sucedió cosa que á cosa llegara. ARG._{1,2}, BENJ.



CAPÍTULO IX

Donde se cuenta lo que en él se verá

MEDIA noche era por filo, poco más á ^a menos, cuando D. Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos

a. ...más ó menos. BR.₃, GASP., FK.

Corto, pequeño como las Gracias, solemne, misterioso como la hora de media noche en que da principio; penetrado de fragancia tan exquisita que trasciende á todo nuestro ser; este capítulo noveno, en que se contiene la augusta narración del paso de D. Quijote por la aldea del Toboso, es de tal encanto, que inunda el alma de dulce y melancólica poesía.

Línea 3. *Media noche era por filo, poco más á menos, cuando D. Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso.* — *Filo* es el corte de espada, cuchillo ú otro instrumento cortante. De ahí el aplicarse dicha voz al punto ó línea que divide un objeto en dos partes iguales, v. gr.: el día, la noche.

En nuestros clásicos, y más aún en el *Romancero*, obra eminentemente popular, rehúyese del vocablo *punto* para acogerse al de *filo*, como se deduce de los ejemplos citados á este propósito:

« Medio día era por *filo*, — las doce daba el reló;
Comiendo está con los grandes — el rey Alfonso en Leon. »
(*Romancero del Cid*, CLII.)

« Media noche era por *filo*, — los gallos querían cantar,
Conde Claros por amores — no podía reposar. »
(*Romance del Conde Claros de Montalban*, I.)